

**Manuel Orestes
Nieto**

El cristal entre la luz

***Obra poética
1968-2008***



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



MANUEL ORESTES NIETO

El cristal entre la luz



[*Obra poética 1968-2008*]



La Rama Dorada

EDICIONES LITERARIAS



2008

El cristal entre la luz (Obra poética 1968-2008)

© Manuel Orestes Nieto, 2008.

© La Rama Dorada Ediciones Literarias, 2008.

Portada:

Adonáí Rivera Degracia: *Jalando de las barbas del maíz*.

Fotografía © Martín Edwards Ibarra.

Diseño Gráfico y Asesoría Editorial:

Pablo Menacho

Fotografía de contraportada:

© Anselmo Mantovani.

P.

861

N677

NIETO, Manuel Orestes

El cristal entre la luz (Obra poética 1968-2008)/ Manuel Orestes Nieto. Panamá: La Rama Dorada Ediciones Literarias, 2008. 512 p.; 23 cm.

ISBN 978-9962-8801-8-9

1. LITERATURA PANAMEÑA-POESÍA
2. POESIA PANAMEÑA
- I. TÍTULO.



Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización del autor.

ISBN 978-9962-8801-8-9

Impreso por PANAMERICANA Formas e Impresos, S.A.
Impreso en Colombia—Printed in Colombia

COMO UNA FINA ESCULTURA DE MÁRMOL

I

Un hecho, particularmente aciago, signó el eje temático de lo que sería una parte significativa de la poesía panameña durante gran parte del recién pasado siglo XX. En síntesis, este hecho bifurcó la búsqueda del alma de la nación. Por una parte, se trataba (y se trata aún) de la búsqueda y fijación de una identidad nacional, con una cultura propia y unas características muy particulares; y, por otra, el derecho al ejercicio de la plena soberanía sobre todo nuestro territorio, partido en dos por la herida de una quinta e inesperada frontera, producto de aquel destino manifiesto que se adjudicaron las potencias emergentes y que desembocaría en la construcción de la vía de agua que uniría los dos grandes mares y acortaría las distancias.

Fue la presencia excluyente y, en un principio, a perpetuidad, de una potencia extranjera, la que encarnó en el alma nacional su derecho a ser por sí misma y a exigir que le fuera devuelto lo que se le expropió en forma ilegítima. Le costó muchos desvelos a este país sobreponerse a la humillación que ello entrañaba y le costó, también, la sangre inocente de muchos héroes ya registrados a lo largo de nuestra historia. Así, una parte significativa de la poesía panameña fue emergiendo, como si de un faro guía se tratara, alrededor de estas largas e inacabables luchas, mezclada siempre por sentimientos encontrados de dolor y de esperanza.

Lo cierto es que esta temática en la poesía panameña condicionó, de alguna manera, la estética y los puntos de referencia con los cuales se valoró nuestro quehacer poético de esta primera centuria

de vida republicana. Así, desde el principio mismo de la República, la poesía de corte nacional y reivindicativo —y, en general, toda nuestra literatura, pues también abarcó la narrativa y el teatro— se abrió un paso importante dentro de nuestro quehacer literario, llevando en su seno las semillas mismas de nuestra identidad, las cuales se fueron propagando de generación en generación hasta aquel mediodía de diciembre en el que finalmente Panamá recuperó el pleno disfrute de su soberanía sobre todo su territorio.

II

Hacia la medianía del siglo XX, un joven crecía cerca de donde antaño se extendió el arrabal de Santa Ana, allá donde aún se podían tantear los extramuros de la entonces pequeña ciudad de Panamá. Era un joven que, sin duda, sólo soñaba con mojarse en el aguacero y escuchaba a su abuela hablar de una provincia olvidada y de unas minas subterráneas que hoy han sido abandonadas, pero que desde entonces le desgarraron para siempre la existencia: Era el nieto de Baldomera Espinosa, el mismo que años después terminó empapado, no por los aguaceros de octubre, sino por el aguaje de la historia nacional. No en vano, optó por estudiar precisamente esa disciplina: la historia y desgranar, a través de ella, los hilos que tejieron con fuerza telúrica el ser profundo de la nación, ejerciendo para ello la alquimia de un oficio extraño: se hizo poeta, y así salió a la calle y a la literatura, cargado de dolor y ensueños para reconstruir los hechos que hemos vivido todos desde que una mañana de septiembre Rodrigo de Bastidas contemplara, por vez primera para unos ojos europeos, nuestras costas.

Hoy Manuel Orestes Nieto ha recorrido ya un largo y fructífero camino en las letras panameñas y le ha aportado a la misma títulos que han sido objeto de celebración y estudios profundos por parte de muchos analistas literarios. Ha cosechado los más importantes premios nacionales de poesía, ha sido el único poeta

panameño en obtener el Premio Casa de las Américas en poesía y ha sido reconocido por la excelencia de su obra poética y los aportes que la misma ha representado para el país. En esencia, es uno de los exponentes más representativos que ha dado la poesía panameña en la segunda mitad del citado siglo y el portador de una obra esculpida finamente de un sólo bloque de mármol con una vena lírica y otra civil que se entrelazan de manera armónica con los sonidos del mar. Es un edificio verbal de múltiples pisos, edificado con un riguroso amor por el oficio y con la patria al borde de los ojos y al fondo del corazón.

Los textos que aquí aparecen dan cuenta por sí mismos de su extraordinario valor.

III

La presente edición recoge, fundamentalmente, la obra poética de Manuel Orestes Nieto que ha sido editada en forma de libro a lo largo de cuatro décadas de ejercicio escritural. Estos poemas han sido objeto, en algunos casos, de pequeñas correcciones por parte de su autor que le han llevado a fijarlos aquí sin las erratas con las que fueron publicados en su momento. Se agregan, además, algunos textos poéticos escritos a través del tiempo y que, hasta ahora, no habían visto la edición, por lo que este libro, a su vez, aporta una parte de la poética de Manuel Orestes Nieto que nos era desconocida, ya sea por haber permanecido inédita —tal es el caso de los poemarios *Sangre vidriada*, *Este lugar oscuro del planeta*, *Carta de otoño* y *Ardor en la memoria*— o por haber aparecido en ediciones muy limitadas que han circulado entre un pequeño grupo de lectores cercanos al poeta —como puede ser el caso, por ejemplo, de *El país iluminado*.

No aparecen aquí los “poemas sueltos” que el poeta publicara en diversas revistas y periódicos de nuestro país o de otros ámbitos a los que ha llegado su obra. El caso más visible tal vez lo sea el

poema *Consolidación de la sangre*, que fuera publicado en la revista *Lotería* y, luego, reproducido por Rodrigo Miró en *Itinerario de la poesía en Panamá*.

Sin embargo, estamos ante una vasta y muy completa visión de lo que ha sido la poesía de Manuel Orestes Nieto desde sus inicios en las letras hasta los días que transcurren, pues aquí se muestra, en toda su extensión, lo que ha sido ese compromiso indeclinable con el cual este poeta asumió este —demasiadas veces ingrato— oficio de escritor y de cómo ha ido construyendo a través del mismo una obra profunda y sincera que nos representa dignamente y con la que todos los panameños debemos sentirnos identificados.

PABLO MENACHO

Ciudad de Panamá, febrero 2008.

Para Helena y Ethielt.



ARDOR EN LA MEMORIA

(2008)

1.
FOTOGRAMA DE LLUVIAS

Llueve en mayo sobre la ciudad
y en la ventana de la casa de zinc
hay un niño que escucha a una vieja hablar sola,
como para sí:

*“En el Darién hay veces
en que no deja de llover por tres días
y el río se vuelve un animal.”*

La cortina de agua chorrea
por las cariátides de bronce del Instituto Nacional
como una serpiente líquida
que se desplaza viva por la pendiente de la calle.

Y ella continúa:

*“En el nacimiento del río
hay una maldad que duerme
y a veces se despierta;
por eso la tierra se mueve cuando viene el aguaje.”*

El niño, sin entender sus palabras, le pide:

“Abuela, déjeme bañar en el aguacero.”

*“No —le contesta ella—
porque el agua lluvia enferma
y cuando estés grande
no podrás tener un hijo así como tú.”*

Y, ambos, sin hablar, permanecen, allí,
como flotando en una escama de pez,
en esta diminuta esquina del mundo,
asomados en la ventana
que se abre al aire gris y húmedo
de esta ciudad de lluvias interminables
y silencios largos,
viendo transcurrir la tarde empapada
desde el cielo hasta la tierra.

2.

AQUEL PAÍS EN SU MEMORIA

Ella me hablaba del lugar donde nació,
caliente, húmedo y fluvial,
como quien cuenta el naufragio de un país.

Al oírle, daba la impresión de que esa patria selvática,
que describía hasta en los sonidos de las aves
y el temor a las jaurías de animales de ojos violáceos,
quedaba demasiado lejos.

Sus historias quedaban trucas,
abatidas por un silencio ardiente y melancólico,
hijo de una lejanía.

Siempre sentí temor cuando repetía
que los huracanes aparecían de pronto
como gigantes sin rumbo que todo lo arrasaban.

Pero me contaba de su país de montañas
desde donde se miraban dos mares a la vez,
página a página,
rugido a rugido,
como los vientos abruptos y los aguajes
que cuarteaban las orillas de los esteros.

Cuando la lluvia nos encerraba en casa
y no podíamos salir,
le pedía que me dijera cómo era aquel lugar
de árboles tan altos como el cielo
y de escarabajos de color lapislázuli.

Y, entonces, su país era una bruma alegre en sus ojos.

Su inolvidable país donde el sol era una fiesta roja
que teñía el océano,
manojos de sal y espuma en las noches fosforescentes
donde las estrellas fugaces se contaban por cientos.

El país que a fuerza de remembranzas
permaneció inalterable en su corazón de cristal
y en su memoria fresca
y que, de cuando en cuando, abría
para verlo flotar en un mar de lágrimas.

3.

UN AHOGADO TERRESTRE

No volvió a casarse nunca más.

Eran los tiempos
en que los hombres fuertes de aquella selva calenturienta
hacían filas para trabajar
en la extracción de oro de las minas de Cana.

Allí estuvo su marido en los túneles,
como un topo excavador,
arañando toneladas de tierra
hasta que el río se les vino encima,
escurridizo y sin ruido
cuando penetró por los laberintos
como la serpiente dueña de su guarida.

Ella lo recogió del lodazal,
en una de las bocas de la mina,
en el mismo agujero por donde la taimada muerte
rasgó su corazón
y entristeció para siempre sus ojos negros.

Sin una queja lo llevó a su casa;
su hermana —Herminia Espinosa— la ayudó a lavarlo
y cubos enteros de agua
se fueron llevando ese color ocre en que lo inerte lo envolvió.

Un ahogado terrestre que la miraba desde el barro
y el miedo.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

